

Memorias de un caballo

MARCOS YAURI MONTERO
Universidad Ricardo Palma

CORALIE

Mi sed te vio siempre verde.
El frío enjoyaba de escarcha los tejados.
Cuando Ella decía: «*No puedo apresar un acorde*»

En la radio una voz cantaba:
«*Jamás he de olvidarte carcomido tronco
de los recuerdos de mi caro padre*»
Coppelia es un ballet sobre hielo, musitaba Ella.
El hielo de *Rima-Rima*
bajaba a la ciudad en jumentos azules
para helados rosa en los cafés.
Ella jugaba en la máquina de escribir.
La tierra es una manzana, si de fresa fuera mi corazón.
El cielo, los campos, las nubes, dormían entre espigas.
Con Cupido entre flores de almendro
la mesa de vidrio se trizó a las 5.00 p.m.
Su hermana cumplía años.
Luz nívea de tortas en el comedor,
vaho de café entre geranios del patio.

Tú me quieres, yo te quiero, la Luna en el jardín.
Poesía triscaba en las cortinas.
Llovía, los teléfonos de la ciudad gritaban: ¡*Happybirthday!*

En tu lago azul, *Rima-Rima*, como las Gracias danzaban
las encantadas en peñón musgoso.
Yo las vi en el sueño.
Yo las soñé en la leyenda,
cuando la esperaba, viendo caer como cinta
por el balcón a la calle el acorde perdido.

Y el temporal mordía balaustres, pastelerías.
Yo, en el corazón del remolino, polvo, agua, periódicos rotos.
Iluminada cueva de Circe, la ciudad entera.
La tarde, la calle. Con sus cuerdas altas y bajas un arpa
en alguna chichería ponía a volar palomas.
Alguien seguía cantando: «*Downtown*»
(Amor, acércate a mí. He olvidado olvidarte, hay un paraíso, allí
se musicaliza en quechua y castellano. Te amo. La luna, los manzanos.
Toma mis manos, toma mi cuerpo hasta que nunca no esté en el sueño.
en la eternidad donde no estamos).

Las canaletas arrojaban cataratas.
Tú, mi Coppelia, deshojabas frente a mí:
«*Quédate a la fiesta, danzaré sobre la nieve de las tortas.
Collar de sueños serán mis flores de azahar.*»
Pelabas una manzana, el cuchillo de plata la desnudaba
como un novio desviste a su novia en la noche de bodas.
No buscabas acordes en el piano, no hablabas del hielo.
Ya no llovía, la ciudad, los teléfonos se habían dormido.

Rima-Rima, abuelo con barbas nevadas
me entregaste a Coppelia, que después se quedó en tu seno
para no alcanzarla nunca más, ni en una segunda ni en una última oportunidad.
Se quedó en palacio de nácar guarnecido de flores
de almendro y cintas de acordes
que ya no se fugarían jamás.

COPO DE ALGODÓN

En mi sueño te apareces embellecida por la muerte.
Recuerdo el desierto en llamas,
entre el hielo y el mar. Ni una sola hoja verde.
Los vientos arrastraban mis sueños entre dunas.
Espejos del mar azul tinta en la bahía blanca
con montañas corroídas como molares sin cepillar.

En un suspiro cabe: tiempo, vidas, lecciones.
La universidad con claustros, el busto a Simón Bolívar.
Días, casas de pensión, historias,
veranos, inviernos, primaveras, bibliotecas.

Me quedo en casa. Casa donde viví siglos,
donde en las noches daban luz
los huesos de mis antepasados que no conocí.

En el arco de cal la campana de la madre
para llamar al comedor a sus hijos, al padre de sus hijos.
En la mesa el cántaro inagotable.
El olor de la comida servida.
Por la ventana el caudaloso río verde.
Botes dormidos, peces, el rojo sol.
Lejos el algodonal reventando flores
amarillas como mi melancolía
que embadurnaba las paredes que nunca contemplaríamos los dos
después de la iglesia que se asentaba en la plaza de arena,
con frontis, puerta, espadaña que las abejas se comían.

Duele el recuerdo, duele la distancia,
ahora que ya nada tiene remedio.
Y la nostalgia asoma buscando la aldea polvorienta
con rutilante sol y sombra de casas, a las 3.00 p.m.
cuando el mundo cansado de girar parece detenerse
y el alma se desploma con el anhelo de reposar sus sueños.
Aldea y casa perdidas hace un millón de años
Multiplicados por otro millón de veces,
con la madre llamando para el manjar
por su ternura misma modelada
hasta llegar a ser blanda y bella
como un copo de algodón.

TIEMPOS FELICES

Naranja, colina dulce, en mis manos brilla.
Mi país tiene glaciares que amanecen cantando.
Bajo el chorro ríe.
Sueño un sueño de otro tiempo cuando corría por la llanura.
Jarrón bajo la lluvia que rueda de los tejados color de nuez.
La naranja se purifica.
Cuando corría, por mis costados huían flores azules,
rocas, orquídeas, arroyos, humedales con berro
y renacuajos de terciopelo, mariposas, flores amarillas.
Era yo relámpago, crines en torbellino, trueno.
Mi frente apuntaba a la vía láctea, Río Grande,
Río Jordán de los muertos de los grandes mitos.
Verdes orillas en flor, a la sombra
duermen perros que allegada la hora
me harán cruzar sus aguas camino al paraíso.

Correr es poesía, no dolor, carecer de peso, ser libre, ser ala.
Lluvia de estrellas sobre trigales que molere con mi fuerza.
Correr era volar, sonar como arpa, dejar de ser.
Entre mis crines batidas, ojos asombrados.

Cierro el grifo, la naranja exalta su desnudez,
su risa ilumina el edificio. Sed de tunas con espinas que duelen
que un día abandoné con mis palabras que cayeron como granizo.

Naranja de verano, joven, fresca,
transparenta el aire hasta hacernos ver el alma de las cosas.
De mis manos se escurre.
Amor hace arder la sangre como a qantus rojos,
ondeantes en la boca de los abismos.
Hace doler como espina de la vizcaína
anunciando el fin del mundo a la vuelta de la esquina.

LLUEVE, ESTÀ LLOVIENDO

Llueve. Está lloviendo un agua negra como mis pecados.
Un árbol en forma de corazón mira pasar a la gente
por la calle. No sabe a quién amar.
Sueña ser estudiante bajo el paraguas de una acacia desnuda
que en verano llameará flores rojas.
En Lima se vive buscando la felicidad.
Los buses circulan manchados de barro
llevando pasajeros como mazorcas de maíz morado.
El viento esparce hojas con noticias de accidentes.

Pregunto qué día es hoy.
Día sombrío con cielo de lana sucia,
escarmenada. Extendida, redonda, sin fin.
Quiero escribir páginas con una niña sentada a un piano,
pero se me atraviesan paredes húmedas, huellas en las escaleras,
el invierno que vomita cendales en ventanas con floreros de rosas muertas.

Me he perdido en la pequeñez del mundo,
en la inmensidad de un departamento de 20 m²,
en edificio de 30 pisos frente a una universidad.
En cualquier lado hallaré la página en blanco de un sueño,
itinerarios de viajes que se truncaron, libros sin pasta.
No encontraré mi nombre y fotografía, mi pasaporte, mi DNI.
En cualquier parte me aguarda la sombra
De mí mismo, mi cansancio, mi impaciencia,
El mes, el día, el año en que nací.

TÙ YYO CABALLO

A Tita

Tù y yo, caballo, con las cuatro patas en el messenger,
Viajamos a las 7.00 am., a las 15.30 pm (palabras peladas,
como lavados recipientes de vidrio de conserva de fruta).
En pútridos buses. Fermentan la ropa, la escoba a tus pies,
boletos volando, zapatos, maletines,
celulares chillando, locos vendiendo caramelos.

Del negro cielo llueve un agua desganada,
se encharca en mapas en las veredas resbalosas.
Tú, mi hermosa flor de los Andes, ¿me recuerdas?

De humedad se me arruga el corazón, a trapo sucio huele mi USB
con lecciones que guardan miles de locuras,
de erudita retórica florecida en colores.
Tù, mi bella flor, ¿me has olvidado?

Entre viento helado, niebla, humo, bostezo, termina el viaje,
Entre negros lamparones de mugre.
Periódicos colgados como sábanas en los quioscos.
Mi hermosa flor, yo pienso en ti. Yo pienso en ti.

EL RAYO ME ALCANZÓ

Entre buses, edificios, humo, vidrios rotos,
en la avenida me alcanzó el rayo.
Supe que peor que la muerte te abatió el dolor.

Amanece, anochece.
El tiempo se alarga como años luz.
Nadie sabe contigo misma ni de ti ni de mí.
Iré por ti hasta el fin del mundo,
Hasta donde la luna y el sol sí saben
porque te miran desde la alta infinitud.

Uno a uno juntaré tus pedazos.
Te armaré con arcilla de cuando fuimos niños felices.
Mi corazón te guardará hasta que seas tú.

Oh hermana. Hermano.
De la mano correremos descalzos
por la pradera con trinos de pajaritos,
donde el sueño florece buganvillas rojas.
En las astas de toros de oro, signos de vida
Hasta cuando se acabe la eternidad.

RÍO, CABALLO, MAR

Soñar mi sueño junto a un río.
Verme pasar como el viento
rompiendo nubes.
Buscando lo que nunca se sabe.

Río, caballo, por siempre unidos.
Tempestad, desesperación, fuego.
Corrientes que llegan al mar.

Todo es. Todo pasa.
El canto, la nube, la lanza.
Todo termina, sueño, raíz, hoja, flor.

Abismos de mis ojos, en sus bordes
ondean lirios rojos que mueren.
Renacen, resisten.
Se llevarán a la Nada: río, caballo, mar.
Las catedrales góticas de mis noches de insomnio

FLORES AMARILLAS

Flores amarillas en las avenidas.
Los automóviles las trituran.
Las pistas se ennegrecen.

Alguien que quise mucho ya no está conmigo.
Al irse ha dejado la puerta con llave.

No podré encontrar sus huellas.
Pero pensaré en su regreso.
Todos los días lo estaré esperando.

Cualquier avenida es un lugar del mundo.
Los árboles no podrán resistir al tiempo.
Mañana quizás no haya flores amarillas.
¿Alguien sabe qué máquinas rodarán en el futuro?

También yo me habré ido.
Al irme de aquí, de esta Av. Roca y Bologna
De todos los lugares de la tierra me habré ausentado.